

La palabra y la Ley en el génesis del amor

José Alfredo Gustavo
Fernando Martínez Vargas

En el presente artículo se ponen en juego la posición psicoanalítica de Sigmund Freud y Jacques Lacan respecto al origen del amor en su vínculo con la falta en el ser y la condición del humano en tanto hablante.

Para hablar del amor qué mejor que comenzar desde "El Banquete de Platón". Obra literaria en donde se entretienen diversas concepciones del amor; sentimiento que denota la presencia divina de Eros; Dios ordenador del mundo, de la cultura,

de las costumbres sociales, gracias a él, se estructura la ley. Su presencia hace al hombre feliz y virtuoso pues amar consiste siempre en querer poseer y ofrecer al prójimo lo bueno, la dicha, la felicidad. Ese amor, claro está, no es amor carnal, más bien sería aquel que conecta al individuo con su espíritu, pues es tan sutil como divino. Sin embargo, es por ese acercamiento a lo divino que Zeus indignado castiga al andrógino, dividiéndolo en dos partes; hace de ellos sexo, sección, partición. Ahora, una parte busca a la otra para completarse como estaba en un principio, ("hacer el amor" es quizá tener el deseo de

estar en el cuerpo del otro, de completarse). La búsqueda de la "otra mitad de la naranja" no es sino una vulgarización de éste mito.

Herencia interesante recibió, de todo ello, el amor cortés, el de las cortes francesas del siglo XI y XII; pilar que sostiene la forma de amar en el mundo occidental. El término... "refleja la distinción medieval entre corte y villa. No el amor villano -copulación y procreación-, sino un sentimiento elevado, propio de las cortes señoriales" (Paz, 1994, p.76).

Durante esa época -aunque no es privativo de ella- la Iglesia católica estaba en descrédito; las relaciones matrimoniales se encontraban regidas por intereses político-económicos. Los vínculos entre la nobleza y el papado convirtieron al amor en una mercancía, un producto susceptible de comerciar. El amor cortés intenta cambiar esa costumbre, promoviendo otra: la exaltación, veneración y servicio a la mujer. Evita la posesión carnal. De ese modo, el objeto, la dama, se sitúa como prohibida, inaccesible, despersonalizada, atribuyéndole características propias del delirio pues se le idealiza, se le coloca en el lugar de la perfección, de Dios.

«Ahora, una parte busca a la otra para completarse como estaba en un principio, ("hacer el amor" es quizá tener el deseo de estar en el cuerpo del otro, de completarse).»

Pero ¿el amor es bello, placentero? La poesía como todo arte es un acto de desesperación. Sólo los sujetos sufrientes crean, producen mediante la sublimación de la pulsión de muerte pues la fuente de la creación brota del mal, de la destrucción. El amor como toda creación, no es aquello que eleva al hombre por encima de las demás especies, más bien, es el reflejo de su vacío, del precio que tiene que pagar por su condición de hablante.

Analicemos, en la primera tópica Freud consideró que los procesos anímicos estaban regulados en forma automática mediante el principio del placer. Una tensión displacentera lo pone en marcha. El displacer al tramitarse provoca placer, es decir... "el displacer corresponde a un incremento de esa cantidad y el placer a una reducción de ella" (Freud, 1990, pp. 7-8).



Así, el aparato anímico, busca mantener lo más bajo posible la cantidad de excitación o por lo menos que sea constante, porque todo aumento de tensión provoca placer, su disminución, placer.

Retrocedamos. En un inicio, el infante se encuentra en un mundo auto erótico, se autosatisface. Dentro de la confusión inicial, tiene que aprender a diferenciar los estímulos que percibe a través de dos fuentes: endógena y exógena; al mismo tiempo, comienza a incorporar objetos del exterior pues satisfacen sus necesidades y al eliminar la tensión surge el placer. Esos objetos dice Freud, los ama, y odia, rechazando a aquellos que de algún modo trastocan el placer inicial, el del autoerotismo.

El odio transgrede, lo hace porque perturba la tranquilidad inicial, la del autoerotismo. Pero ese sentimiento no solo se produce con la perturbación, también se genera por efectos del lenguaje; hace que el sujeto elija el sentido sacrificando su ser, separándolo del objeto del deseo. El resultado es la violencia del inconsciente que transgrede la Ley, el derecho, lo que nos cohesiona como sociedad, la prohibición del incesto: la renuncia al primer objeto del deseo, la madre. Contundente, Braunstein señala: "El único objeto posible para el deseo está tachado por una prohibición y de allí en más el deseo está predestinado a la deriva" (Braunstein, 1988, p. 205). Lo que hace sujeto al ser humano es la renuncia, y aceptación de la Ley introducida a través del significante del nombre del padre. Esa Ley crea en el ser humano, una "spaltung", grieta que lo divide entre el ser y el sentido, el humano siempre elige el sentido desapareciendo el ser, en ese momento pasa a ser sujeto de la estructura significativa. De tal forma que ahí, donde no se piensa se es. Pero no solo la Ley es el génesis de sujeto en tanto sujetado a lo simbólico, a la palabra, sino que también produce el amor y el odio; aceptación de lo exógeno, la Ley, y repudio de ella, lo endógeno. El deseo, lo de adentro, retorna a pesar de las trabas de la Ley. Lo que deviene, en forma consciente, es lo ominoso, lo siniestro, lo terrorífico, que en otro tiempo fue familiar.

A través del lenguaje, el humano intenta luego llenar esa grieta que lo ha puesto como sujeto deseante, "sujeto de un deseo cuyo objeto no le es dado alcanzar. Y los afanes humanos [poder, dinero, amor, etcétera] pueden ser leídos como estos inten-

tos de tapar con significantes" (Braunstein, 1988, p. 214) esa falta. En *la insoportable levedad del ser* Kundera da con ella, escribe:

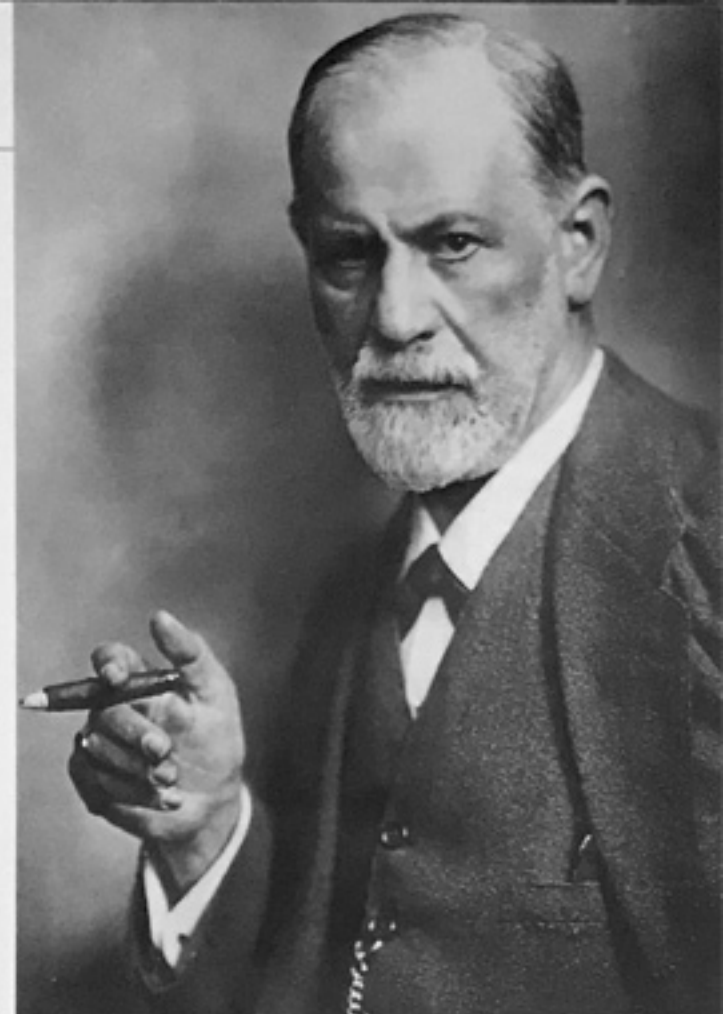
Sabina sentía a su alrededor el vacío. Pero ¿qué sucedería si ese vacío fuese precisamente el objetivo de todas sus traiciones?

Por supuesto, hasta ahora no había sido consciente de ello: el objetivo hacia el cual se precipita el hombre queda siempre velado. La muchacha que desea casarse, desea algo totalmente desconocido para ella. El joven que persigue la gloria no sabe qué es la gloria. Aquello que otorga sentido a nuestra actuación es siempre algo totalmente desconocido para nosotros (1989, p. 129).

A un hombre o mujer no los satisface plenamente el objeto que imaginan. En psicoanálisis esta imposibilidad de satisfacción plena se debe a lo inalcanzable del objeto "a". Es decir, entre el deseo y el objeto que se encuentra, entre el placer hallado y el pretendido, en esa insatisfacción, produce el factor pulsionante (Freud, 1990, p. 42). Nos hemos instalado en el centro de una problemática: ¿pulsión y deseo son lo mismo? En Freud, por momentos son equivalentes. Por su parte, Jacques Lacan, delimita el campo de uno y otro. Para él, la pulsión se sirve de la búsqueda del objeto "a" -para siempre perdido- que realiza el deseo. Traza su circuito cuyo fin es el retorno a la fuente, no el encuentro con el objeto, como en el caso del deseo. La pulsión apunta, digámoslo así, a un blanco, que lo alcanza en la medida en que sólo lo rodea, así garantiza el retorno a su origen. El vehículo de la pulsión es el deseo. (Lacan, 1964, p. 251).

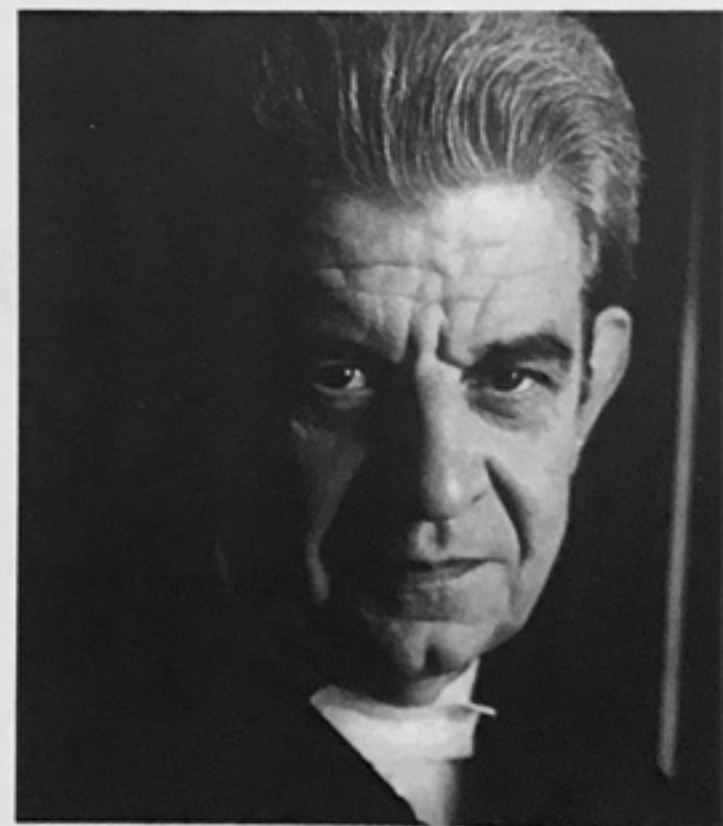
La sublimación de la pulsión -que son de muerte- edifica lo que el hombre ha construido: lo que la ley prohibió se busca erráticamente, pues se pretende encontrar lo perdido a partir del lenguaje, lo que señala la imposibilidad, desde el inicio, de dicho encuentro. La palabra enmascara a el deseo, así el lenguaje es "un engaño o trampa respecto a la comprensión interhumana y principalmente en relación con la verdad". (Rifflet, 1992, p. 81).

El discurso se utiliza para decir algo distinto de lo que en realidad se dice y por lo tanto de lo que se busca. El lenguaje intenta dar la forma al deseo y ahí se eclipsa, "el hombre, por ser efecto del lenguaje, representación del objeto y de sí mismo en



su ausencia, está instalado en la muerte." (Braunstein, 1988, p. 210). De ahí que la muerte hace del ser humano creador: de arte, de la cultura y del amor. Para crear se ejerce violencia pues instaura un orden nuevo, diferente al anterior, su intención es la de obturar, mediante el simbólico el hueco que su presencia dejó.

Por eso el amor es también sufrimiento, abismo, pasión. Amar es sucumbir, poner al descubierto una falta, pues no se puede carecer de lo que ya se tiene y por lo tanto no se desea lo que se posee. Porque el deseo apunta a un objeto que no existe y no existe debido a que el simbólico lo ha fragmentado.



Jacques Lacan



Sócrates en el banquete señala que: "el que desea lo que no está seguro de poseer [para siempre], lo que no existe al presente, lo que no posee, lo que le falta. Esto es, pues, desear y amar [...] el amor es el amor de alguna cosa; en segundo lugar, de una cosa que falta" (Platón, 1992, p. 151).

Eros por eso ama, porque está incompleto; triste descubrimiento. No es el Dios de los Dioses. Diótima, en los diálogos de Platón, anticipa nuestra conclusión señalándonos el origen de Eros, hijo de Poros, la abundancia y de Penia, la pobreza, luego dice:

Por una parte es siempre pobre, y lejos de ser bello y delicado, como se cree generalmente, es flaco, sin tener con qué cubrirse, durmiendo a la luna, junto a las puertas o en las calles; en fin, lo mismo que su madre, está siempre peleando con la miseria. Pero, por otra parte, según el natural de su padre, siempre está a la pista de lo que es bello y bueno, es varonil, atrevido, perseverante, cazador hábil; ansioso de saber, filosofando sin cesar; encantador, mágico, sofista. Por su naturaleza no es ni mortal ni inmortal, pero en un día aparece floreciente y lleno de vida, mientras está en la abundancia, y después se extingue para volver a revivir, a causa de la naturaleza paterna (Platón, 1992, pp. 154-155).

Eros es como el sujeto, porque en él hay un hueco; como en el pequeño juego de cuadros de plástico con números en los que se hacen series con ellos; lo que permite que el juego se juegue es el vacío, el espacio faltante en el cuadrado. Lo que posibilita que la vida se viva es la falta; la cual se intenta cubrir con el ideal, con el ideal del amor: "se ama a lo que posee el mérito que falta al yo para alcanzar el ideal" (Freud, 1990, p. 97). Este se produce cuando el sujeto coloca al otro en lugar del ideal del yo. De ahí que en la relación de pareja resulta ser un engaño, es siempre narcisista. Denis de Rougemont lo pone al descubierto: "el amor que les agita no es el amor del otro tal como es en su realidad concreta. Se aman mutuamente, pero cada uno ama al otro sólo a partir de sí, no del otro. Su desgracia tiene así origen en una falsa reciprocidad, máscara de un doble narcisismo" (1988, p. 54). Entonces la pareja humana se constituye a través de un ideal, en donde cada uno deposita en el otro su ideal del yo, cuyo origen se encuentra en el complejo de Edipo, por la articulación de ideales infantiles. De esta manera,

«él, ella; lo que él cree que es, lo que ella cree que es; la que él quiere (dice que ella es) y el que ella quiere (dice que él es).»

desde sus orígenes, la pareja, la relación amorosa, está basada en un mal entendido básico, en donde no sólo intervienen dos sujetos, sino por lo menos seis: él, ella; lo que él cree que es, lo que ella cree que es; la que él quiere (dice que ella es) y el que ella quiere (dice que él es).

El yo ideal surge en la fase del estadio del espejo, en el campo del Otro. Antes, el sujeto no es nada, en tanto no es fijado como significante. El sujeto, al entrar en ese campo, queda así fijado para otro significante y cada uno de los significantes se encuentra relacionado con otro, haciendo cadena. De esta manera, el sujeto se funda en el lugar del Otro, en tanto es en donde se produce el primer significante.

El sujeto, a punto de advenir, llega a un mundo ya significado con un lenguaje que da cuenta de las cosas; es el Otro el garante de ese mundo significado. A propósito, desde que se constituye como sujeto, se encuentra sujetado, dividido, -se trata del sujeto cartesiano, como nos lo revela Lacan; (Lacan, 1964, p. 132), aquel que aparece en el momento en que la duda se reconoce como certeza-. A partir de la entrada al campo del Otro el deseo se dirige a él. Ese estado de sometimiento al simbólico, todo lo mata, porque la palabra, dice Hegel, mata a la cosa. Kant en ese sentido, diría que, pasa de ser cosa en sí a cosa para sí. Entonces, a las palabras no solo se las lleva el viento sino que éstas, a su paso, se llevan al ser.

La construcción del sujeto y por ello su división, son producto del significante. En *Enamoramiento e hipnosis*, Freud menciona que el objeto es tratado como el yo propio, de ahí que en el enamoramiento acudan grandes cantidades de libido narcisista al objeto amado. En muchas formas de elección de objeto amoroso, el sujeto sustituye su ideal del yo no alcanzado, admirando



aquello que el yo propio no ha conseguido. Mediante éste rodeo, se satisface el narcisismo primario, el de la época del yo ideal, cuando el niño encontró, en él mismo, su primer objeto de amor.

La represión, la ley, es decir la prohibición del incesto, obligó al niño a renunciar a la satisfacción sexual. En adelante, el primer objeto de amor es sublimado y aparece, a los ojos de todos, como sentimientos de ternura. Sin embargo, la corriente original, la sexual, persiste en el inconsciente. En la adolescencia, el sujeto se ve atraído a la satisfacción sexual, permaneciendo, por un lado, la corriente original (sexual) y por el otro, la tierna (la sublimada). Esta última es propia del amor cortés. En el varón es común encontrar tal diferencia, de ahí que muchos de ellos se comporten más "potentes" con las mujeres que no le inspiren sentimientos tiernos, a las que no aman, a la "catedral", y elegirán como objeto sexual a lo prohibido, lo inalcanzable. Freud es, en ese sentido, radical, sostiene que una mujer libre, sin novio, sin marido o sin amante no posee el mérito de ser erigida como objeto sexual: "la mujer casta e intachable no ejerce nunca sobre el sujeto aquella atracción que podría constituir la en objeto amoroso quedando reservado el privilegio a aquellas otras sexualmente sospechosas, cuya pureza y fidelidad puede ponerse en duda" (Freud, 1988, p. 1625).

La corriente tierna, la sublimada, daría la impresión de que no intenta apoderarse del cuerpo -como la sexual-, sino del "corazón".

El objeto de amor originario es inalcanzable, pero de ese deseo surgirán toda una serie de objetos sustitutos que de ninguna manera lo satisfacen por completo. El sujeto busca al objeto amado en un lugar en donde no está, pues se busca en el futuro lo que se perdió en el pasado. Esta es una forma de representar al objeto para siempre extraviado.

«En la adolescencia, el sujeto se ve atraído a la satisfacción sexual, permaneciendo, por un lado, la corriente original (sexual) y por el otro, la tierna (la sublimada).»



En el enamoramiento predominan corrientes de libido de objeto sobre la del yo, principalmente en la elección de objeto "anacrítico" en donde se empobrece al yo en beneficio del objeto, como el papel del hombre en el amor cortés. Por su parte, en la elección de objeto "narcisista", se elige a alguien que lo ame, que lo sitúe como objeto de amor, así, se ama en función de ser amado: "El que ama ha sacrificado por así decir un fragmento de su narcisismo y sólo puede restituirse a trueque de ser amado" (Freud, 1990, p. 95). De ahí que el amante se hace amable para el amado, en espera de la correspondencia.

Ambas formas de elección de objeto no sólo se complementan, el anacrítico, es común en los varones de nuestra cultura, el narcisista en la mujer. Las dos formas, están determinadas -de acuerdo a Freud- por una fijación infantil, por la ternura de la madre o su sustituta. Ella marca por así decir, al sujeto: "los objetos posteriores van a encontrarse, en mayor o menor medida, regidos por el sello de los caracteres maternos y todos devienen unos subrogados de la madre" (Freud, 1988, p. 1626). Por eso es que el varón elige lo prohibido como consecuencia de lo prohibido. Las dos formas de elección, están marcadas por la falta y por un mal entendido: el uno cree que el otro tiene lo que le falta. El resultado es un desencuentro, pues se ama no por lo que el otro es sino por lo que decimos que tiene, lo que se desea sería aquello que nos falta, lo que nos completa, pareciera que el mito del andrógino sigue vigente aunque de manera velada. La relación amorosa es, en

esencia, la coincidencia entre dos hiancias. Es decir, sólo a través de la doble falta, que dos sujetos se relacionan.

Sólo el que habla es susceptible de amar, pues el amor es una demanda, planteada en el orden significativo y toda demanda, implica una carencia, incompletud, y un sufrimiento. Todo amor es entonces ilusorio, es precisamente la ilusión de completud la que lo pone en movimiento.

El amado le supone al amante un tener, pero también un saber y es ahí donde se pone en juego la transferencia piedra angular en el tratamiento psicoanalítico.

REFERENCIAS

- Braunstein, Nestor (1988). *Nada más siniestro que el hombre. En coloquios de la fundación 1. A medio siglo del malestar en la cultura de Sigmund Freud*. México: Editorial Siglo XXI.
- Freud, Sigmund (1990). *Introducción del narcisismo. Obras completas, vol. XIV*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, Sigmund (1990). *Más allá del principio de placer. Obras completas, vol. XVIII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, Sigmund (1988). *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. Contribuciones a la psicología del amor, I*. Barcelona: Editorial Orbis.
- Kundera, Milán (1989). *La insoportable levedad del ser*. México: Colección andanzas.
- Lacan, Jacques (1993). "Del sujeto al que se supone saber, de la primera diada, y del bien". En: *El seminario*, tomo 11. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, Jacques. (1993). "Presencia del analista". En: *El seminario*, tomo 11. Buenos Aires: Paidós.
- Paz, Octavio (1994). *La llama doble*. México: Seix Barral.
- Platón (1992). *Diálogos*. México: Editores mexicanos unidos.
- Rifflet, Anika (1992). *Lacan*. Santiago: Sudamericana.
- Rougemont, Denis (1998). *El amor en occidente*. Barcelona: Kairós.

**José Alfredo Gustavo
Fernando Martínez Vargas**

Licenciado en Psicología, UDG
Licenciado en Homeopatía, UNAG
Especialidad en Terapéutica
Homeopática, UNAG
Maestría en Psicología Clínica, UDG
Vicepresidente del Colegio de Psicólogos
Clínicos y de Enlace de Jalisco A.C.
mpc.alfredo@hotmail.com

